

El mundo del libro

Escribe: AGUSTIN RODRIGUEZ GARAVITO

LOS QUIMBAYAS—Por Juan Friede—Carlos Valencia, Editores. 295 pp.

En verdad, Juan Friede es un investigador apasionado de la Prehistoria y la Historia de Colombia. Metódico como buen alemán, sus obras son medulares, ya que nada deja a la simple inspiración. Ha sido un verdadero descubridor de vetas históricas que dormían, ahí, en la penumbra, esperando que un escritor de verdad las rescatara para solaz del público inteligente. Friede nos va descubriendo con alborozada inteligencia. Y tiene en su haber obras de análisis, que le otorgan un lugar destacado en ese mundo en que los intelectuales se afanan por encontrar las razones últimas de los actos humanos en el devenir histórico.

Este nuevo libro sobre los bravíos quimbayas, destaca la lucha desigual de los aborígenes contra la mañosa invasión de sus tierras de labrantío. Las melancólicas consecuencias del empobrecimiento de la población indígena. El resultado de la Conquista por los españoles, que fue cruel, metódica y ayuna de caridad, como lo testimonió el Padre Las Casas. El libro señala la extinción de los quimbayas que eran cerca de ochenta mil en los días aurorales de la Conquista y colonización. Y naturalmente la caída de los índices demográficos. Y el conquistador y el colonizador, amos absolutos de esta tierra. Ya que tanto los indígenas como los negros que llegaron en el vientre de los galiones, servían de “carne de servidumbre” para el blanco codicioso.

Juan Friede merece el reconocimiento nacional por su vasta y significativa obra que denuncia hechos que dieron por resultado la casi extinción de tribus guerreras, algunas admirables en el

arte de la orfebrería, que, a la hora del descubrimiento, comenzaban a crear una cultura de contornos autóctonos.

* * *

ESTILO BARROCO Y PERSONALIDAD CREADORA—Por Fernando Lázaro Carreter. De la Real Academia Española—Ediciones Cátedra, S.A. Madrid.

Esta obra la integran una serie de trabajos intelectuales, tendientes a la clarificación de la época barroca de España, uno de los períodos más difíciles de interpretar y aún de asimilar de la gran literatura española. El autor, miembro eminente de la Academia de la Lengua de la Madre Patria, se adentra con lucidez extrema en ese mundo en el cual la sensibilidad se intelectualizó por la riqueza floreciente de escritores que tenían afán de originalidad creadora. Y el autor nos presenta el caso literario de Góngora y Argote, Francisco de Quevedo y Villegas y de Lope de Vega, como centro de aquel florecer lírico, tan extraño en el tiempo en que florecieron estos ingenios universales. Estos escritores fueron señalados como conceptistas, elaboradores de formas agudas, carentes de la adiposidad, el trajín común, la frase hinchada y huera de otros escritores españoles.

El arte barroco es unipersonal, desasido de influencias y de corrientes históricas. El poeta, el escritor, parecen aislar el objeto, tomar las formas, exprimirlas, decantarlas, darles otro sentido, con fosforescente retorcimiento de gárgola. Artistas exigentes, cuya imitación resulta imposible. Alegorías, símbolos, espuma, creación y recreación. El arte barroco es harto difícil, porque exige los destellos del genio. Fernando Lázaro Carreter realiza un exhaustivo análisis de las formas de esta expresión literaria, que no está al alcance del vulgo, como lo estimaba con lucidez Baltasar Gracián.

Culteranismo, conceptualismo, “metafísica de los vocablos”, fiebre que consume y despoja. Todos estos aconteceres los estudia este escritor con clarividencia crítica y con un rigor analítico que pudiéramos decir matemático.

Lo barroco es la negación del lugar común, de las sendas trazadas, apisonadas por la planta innumerable del pueblo. El

vocablo entra en elaboración en mil filtros purificadores. Porque el barroco no es, como creen algunos, exceso de palabras, sino un mundo de enigmas recargados, eso sí, de plateresco. Estilo para minorías. Impensado por muchos e inimitable. Fuego sagrado que arde en su propia hornacina. Lo más sutil y rico del Siglo de Oro de la literatura española, definida por dos gigantes-cas vertientes: La Mística y la Picaresca.

En verdad, esta obra es una aportación magnífica para hallar las claves y los enigmas del barroco, lenguaje universal.

* * *

LA OTRA RAYA DEL TIGRE—Por Pedro Gómez Valderrama.

Santander, el Departamento de sombríos farallones, con sus abismos cortados a tajo, su río Chicamocha, oscura corriente que se despereza como un boa, con sus gentes notables, de bella estampa, con sus sueños heroicos y desportillados, su energía creadora, su formidable testimonio intelectual, la pasión de grandeza, todo esto, y mucho más, está patente y evidente en esta novela de Pedro Gómez Valderrama. Muchos trozos de la obra son auténtica poesía. Riqueza verbal. Tumulto lírico, encrespado río de una historia jalonada con sacrificios, epopeya, en verdad un Departamento cuyo testimonio es una resplandeciente verdad nacional.

Gómez Valderrama, en esta novela, y en toda su obra, demuestra que conoce todos los recovecos del idioma, pero también que tiene pupila de gran paisajista. El personaje central de este fascinante relato, el germano Geo von Lengerke, es una figura central es cierto, pero sirve como columna, en torno de la cual, el autor teje una especie de ficción, de rico colorido. Los paisajes abundan y crecen en una vegetación lírica. Todo es como un gran friso, un poema en prosa, ya que el autor podría ser aquello que se conoce como “un poeta clandestino”. Y la figura de aquel germano, ex-militar, ex-revolucionario, apacentador de parábolas como Romain Rolland, el francés de las ardientes quimeras de la paz entre los hombres, coloniza, trabaja, se esfuerza por darle una vida nueva a ese Santander que dormita en una especie de

duerme-vela, allá en el llamado por Daudet "el estúpido siglo XIX".

Mientras los neogranadinos, ingratos con la memoria de Simón Bolívar, el Continentador, prenden los vivaques fratricidas y copian Constituciones y libros de pensadores europeos, el germano piensa en la realidad: Caminos, factorías, talleres, frutos y productos que enriquezcan esa tierra yerma y desolada por los alzamientos guerrilleros contra la legitimidad.

Un gran friso, un agua-fuerte de luz y sombra, un libro estético y ético el que ahora nos ha entregado Pedro Gómez Valderrama a sus lectores devotos.

* * *

EL CONTACTO PROFUNDO ENTRE COLOMBIA Y ESPAÑA

Mucho se ha escrito sobre la Colonia, la Conquista, la Prehistoria, lo que fuimos, somos y nos brinda el porvenir. Pero ha faltado una pupila clarividente, de profundidad, no de extensión, que examine las misteriosas y evidentes cargas étnicas y anímicas que conformaron lo que hoy llamamos el criollaje o el mestizaje americano.

España, con sus guerreros de taheña barba, botas ferradas, hombres que quemaron las naves del regreso, traía consigo un mundo subconsciente, profundas corrientes anímicas, sangres enfebrorizadas en muchas guerras de religión. Los indígenas comenzaban a crear una cultura, a florecer su propia Mitología, a vivir de los elementos primordiales: el sol, el agua, los animales acuáticos. Fue un encuentro en que se confundieron corrientes hondas, vitales, con su propio y terco perfil. No era un nomadismo sino raíces históricas que se encontraban para enriquecerse y dar un tipo humano nuevo, alacre, vivaz, con características propias e intransferibles: los españoles que soñaron con crear una Nueva España y no lo lograron hacer nunca, ni los indios, lograron volver a sus moldes primitivos, ya que otros valores como el idioma, la religión, la arquitectura, la pintura, la campana, la plaza, la Iglesia con su espadaña, le dieron un vuelco completo a sus sueños en potente oleaje. Subterránea corriente pero desviada ya para siempre de su matriz original.

Este mestizaje cultural que hoy admiramos es el producto del connubio ardiente de esas razas solares que se encontraron un día para forjar una humanidad inédita. Los hombres no somos lo que somos por la sangre encrespada, ni por el color de la piel, sino inevitablemente por el mundo en que estamos incorporados, por la gama de valores dinámicos que nos animan y eso no tiene por qué coincidir con el origen raizal.

Sabemos que somos de raíz ibera por la lengua, por la religión, por la idiosincrasia. Pero también por una axiología de valores que están presentes, patentes, conforman nuestra acción y dan contorno y dintorno a nuestro vivir. Una sensibilidad exaltada. Un romanticismo quejumbroso y lloroso. Una honda quejumbre lunar. La misma magia y superstición de Galicia, por ejemplo, la bebemos en los grandes ríos maternos como el Amazonas, el Magdalena, abuelos de fluídos decires y anchas capas salpicadas de escarcha. Y el mismo gesto terco, fúnebre, astillado, que camina por la sangre, frente a la muerte. Ya sabemos que el español tiene su propia muerte y nosotros, sus herederos, sentimos crecer todos los días el sudario en nuestras venas. Esto no es un mercado común de baratijas, ni arte de birlibirloque. Es la vida que chorrea autenticidad. Somos raíces entrecruzadas que arden bajo los mismos y lentos fuegos. Y en buena hora, en este tiempo del desprecio.

* * *

ANGUSTIA DE LA LUZ. Poemas—Por **Alfonso Bonilla Naar**—Internacional de Publicaciones S. A.

SALMOS. Poemas. Edición de la Revista ARCO.

No lo querían los envidiosos. Recelaban de su talento. Trataban de mofarse de Bonilla Naar, por su personalidad polifacética. Muchos médicos lo remitían, preso entre sus humores enconados, a la poesía y a la novela. Y los escritores se lo devolvían, con mayor dosis de humanismo a los galenos. Todo era vehemencia para juzgarlo, sin comprenderlo. Algunos espíritus de puertas abiertas al campo como diría el gran poeta Octavio Paz, sí sabían lo que valía este médico insigne, atormentado por una inteligencia que era su gran tesoro, su nutrición efectiva.

Entre los espíritus selectos que lo admiraron y comprendieron —toda comprensión es inteligencia— es preciso citar al ex-embajador de Venezuela Numa Quevedo, a Horacio Gómez Aristizábal, a Oscar Echeverri Mejía, a Alfonso Castillo Gómez. En un país que como buen heredero de España, de sus virtudes y de sus vicios, entre éstos el de la amarillenta envidia, no podía ser de buen recibo un médico que lo mismo ejercía magistralmente la cirugía, como escribía la novela “La Pezuña del Diablo”, o estos dos libros de auténtica poesía como son “Angustia de la Luz” y “Salmos”, además de “Cuarzo” y otras obras de trabajo intelectual y de realidad poética.

Bonilla Naar vivió únicamente para las grandes tareas del espíritu. Y no pretendió quitarle su aljaba de sol a ninguno de sus compatriotas. Estaba comprometido con aquellos temas que no dan tiempo para la estéril rumia, para los malos deseos, para la inquina contra quienes también trabajan para testimoniar y crear. Era el mejor de nuestro grupo. Jamás conoció la acidez proclive. Se empeñaba en mantener encendidos sus fuegos, su sentido universal de la creación. Por lo demás, Alfonso Bonilla Naar, estaba más allá de estos hontanares de la niebla, de la murmuración seca como heno viejo, de todo aquello que es el tatuaje de los eunucos de la inteligencia, de esos pobres seres que no pertenecen al mundo de los vivos, aunque se muevan y caminen entre la multitud.

Y su poesía es hermosa, redonda, total, melodiosa, que nos conduce a comarcas donde la luz con sus fulgores todo lo esmalta. Amó los seres humanos, las auroras, los crepúsculos, los árboles de buena sombra acogedora. Y por toda su poesía camina la muerte, con sus largas estalagmitas de yeso. Su poema “En la Muerte de un Arbol”, es sencillamente una obra maestra. Es preciso transcribirlo para gusto y regusto de los lectores del Boletín:

EN LA MUERTE DE UN ARBOL

A Pascual Venegas Filardo

Anoche,

te aserraron el alma cuando el sueño,

“Campano”,

campanero del alba y del verano
y también te aserraron la mirada
sin despeinarte siquiera.

Tánton fabricar sombra,
Tánton vuelo nocturno compartido,
Tánton llamar a misa a la campiña
y apuntar el cielo con las manos.

Viejo albañil de nubes,
caíste con brocha y trinos al suelo.
Al fin brotó la cabellera
de hombre que escondiste bajo la tierra.

Las gentes, como hormigas,
se llevarán tu cuerpo,
lo enterrarán en puertas y pupitres,
y entizarán los niños
tu rostro en los tableros.

Será muy fácil encontrarte:
allí donde alguien borde
la risa con campanas,
donde un papel convenza al frío en un alero,
y madruguen los muertos a la iglesia.

Hoy te he visto:
con la erizada sombra de la barba,
un cadáver hermoso
como si hubiera muerto el día.

¿No es original y hermoso este poema? ¿Acaso no encierra un trasfondo lírico, patético, nuevo, frente a tanta poesía que al final de cuentas es calco disimulado de otros poetas? Y siempre la puerta sigilosa como el viento para que entre la Muerte. En Salmos, se entrelazan el gozo y la Muerte, la alegría y la llovizna pertinaz de la melancolía. Así dice el poeta en su "Salmo con preguntas oscuras":

1—El hilo de agua de la vida
al breve mar del ataúd culmina

2—*Dime, amada:*

con tanta luz, ¿a dónde irás?

¿Serás color, rumor?

¿Dónde irán los parrales de tu cuerpo?

¿A dónde?

¿A qué labio inmenso de un dios

irá tu savia a embriagar?

Y se ha ido Alfonso Bonilla Naar, oscuramente trabajado por el cáncer, contra el cual libró tantas batallas de investigación científica. Se ha ido el amigo, el intelectual, el médico, el genial espíritu que hizo de la vida un huerto para cultivar extrañas flores que ya poco se cultivan en este universal erial, donde la amistad es un anacronismo y la calidad de un hombre se hace sospechosa para la común envidia.

* * *

EPISTOLARIO DE RAFAEL NUÑEZ CON
MIGUEL ANTONIO CARO—Estudio de **Eduardo
Lemaitre**—Publicaciones del Instituto Caro y
Cuervo. Archivo Epistolar Colombiano. Bogotá.
1977.

Es verdaderamente ejemplar la tarea que ha cumplido el Instituto "Caro y Cuervo". Que honra a Colombia en el concierto de las naciones de América. Una manera, la más noble del Instituto para asociarse al sesquicentenario del nacimiento de Rafael Núñez, uno de los forjadores de la Colombia que entró a vivir a pleno pulmón en el Siglo XX, silenciadas ya las fogatas fratricidas. Eduardo Lemaitre, en su introducción nos recuerda, cómo un rudo marinero, obedeciendo las órdenes de la viuda del solitario del Cabrero, llevó mar adentro las cajas que contenían la correspondencia personal de Núñez, y, las arrojó a las profundidades del mar. Y como lo anota Lemaitre se perdió un tesoro. Porque la correspondencia privada de un gran hombre es, acaso, el verdadero tesoro de su vida y la máscara de sus sueños.

Quedó, pues, para los colombianos, el Epistolario de Núñez su trasegar y su meditación, las cosas cotidianas inclusive, que trata en su correspondencia con ese otro coloso de la inteligencia que fue don Miguel Antonio Caro, ya que el Archivo de éste se

conservó casi intacto. Núñez, se puede entrever a través de esa especie de monólogo, se ocupaba de las cosas grandes de la Patria, pero también de las menudas. Los pequeños hechos que forman la trama del vivir cotidiano de los grandes hombres que no son propiamente unos semidioses de mármol apolíneo, sino criaturas de carne, hueso y humores, sujetos a todas las pasiones y flaquezas humanas. Esta correspondencia de Núñez para Caro da la medida del grande hombre. Su lealtad a un pensamiento cardinal: la transformación de Colombia, ya fatigada del guerrear inútil, y enfilada definitivamente hacia horizontes de crecimiento. Autoridad y democracia. Términos que no se excluyen sino se complementan. Como puede fácilmente advertirse en esta correspondencia de Núñez a Caro, energética, con sus líneas directrices. Y su magnanimidad y su renuncia a la Presidencia y la madurez de juicio para comprender que había llegado al límite donde comienza la sombra. Apasionante lectura la de estas cartas y útil para los colombianos que tan poco sabemos del acontecer, del sufrir, crear y padecer de aquellos varones que construyeron las grandes líneas jurídicas de la Nación.

* * *

EL PROFESOR LUIS LOPEZ DE MESA

Fue, quién lo duda, uno de los espíritus más ricos de Colombia. Su Patria a la que amó con pasión y tensión. Suscitó grandes polémicas, precisamente porque rebasaba el lugar común, nuestra gris mediocridad. El Profesor López de Mesa fundó varias revistas que tuvieron vida efímera, pero que señalan la preocupación de su inteligencia por los temas universales. Como diplomático al frente del Ministerio de Relaciones Exteriores, firmó un tratado que es obra maestra para delimitar nuestras fronteras con la hermana República de Venezuela.

Espigó en todos los campos del saber humano. Ninguno de los problemas atañedores al hombre, su circunstancia, su mundo, naturalmente limitado, le fue extraño. Pero, eso sí, era hermético, ya que jamás bajó al dolor lastrado del pueblo, para una comunicación más directa, no obstante su vivo interés por forjar una Nación de cabales virtudes cívicas. Para él acaso fuera mejor haber dialogado en una Academia de Letrados y de Patricios, de aquellas donde se analizan todos los temas, divinos y humanos,

pero sin empañar su esfuerzo con el vaho caliente de la muchedumbre. Creaba sus propios sistemas de ideas que lanzaba a la consideración de sus compatriotas, como una especie de balones de ensayo. Trabajó en novelas, ensayos filosóficos, en el mundo cambiante, ciego por las aproximaciones, de la Sociología. En esta rama de saber humano se apuntó espléndidos triunfos. Porque, a diferencia de los divagantes exégetas de la Sociología, penetró en la médula de los ancestrales problemas, para desentrañar su significado.

Claro que, cuando abordaba algunos temas, gustaba de jugar con las ideas, con sumo talento para hacerlo. Muchas de sus teorías como aquella de que el hombre descende de la sardina, como comentaban los escritores de su tiempo, fueron discutidas, sopesadas, halladas sin bases reales, por quienes también expurgaban en ese campo. Amante de la sabiduría, resplandecía por sus vastos conocimientos. Con sus naturales limitaciones y defectos que son incuestionables en un gran trabajador de la inteligencia, su vida fue la ejemplar de los sabios. Claro que tuvo muchas excentricidades, pero debemos ser indulgentes con ellas, por la altísima calidad intelectual y moral de su autor.

Su estilo era difícil, acaso prolijamente rebuscado. No lo entendían muchos de sus compatriotas. Y a medida que se adentraba en el estudio de la lingüística, se hacía más abscóndito. Esto le restaba lectores. Y fue una lástima. Porque era un pensador de la gran escuela de Núñez, Caro, Bello, Alfonso Reyes, Francisco Romero, Ostos, Vasconcelos, Francisco García Calderón, Sarmiento, Fermín Toro. Su libro sobre cómo se ha formado la nación colombiana, debiera ser texto obligado de estudio en las universidades del país. Allí está todo López de Mesa. En su cenit magnífico.

Biólogo, psicólogo, psiquiatra, cómo es de conmovedora su tarea, aunque no ejerció, es cierto, apostolado sobre la masa de sus compatriotas, la mayoría tan inteligentes, pero que se contentan con la espuma, la viruta, lo anecdótico sin tomarse el trabajo de investigar, la sabia paciencia que crea las grandes obras del pensamiento universal. De todas maneras el Profesor Luis López de Mesa es una gloria de las letras de esta América que todavía no ha logrado cuajar en una unidad forjadora de una sociedad más digna, más al alcance de todos los habitantes de este continente.

LA ROSA Y EL ROCIO—Por Ignacio B. Anzoátegui—Convivio. Buenos Aires.

El año pasado murió en Buenos Aires el gran escritor argentino Ignacio B. Anzoátegui. De la misma estirpe intelectual de Leopoldo Lugones, Martínez Estrada, Eduardo Mallea, Jorge Luis Borges, Francisco Luis Bernárdez, González Lanuza, para citar algunos nombres paradigmáticos. Todos sus libros en prosa y en verso, son de una belleza que deslumbra. “Vidas de Muertos” y “Nueve Cuentos Argentinos”, que su autor nos hizo el bien de regalarnos en Buenos Aires, son pequeñas obras de arte. Y como poeta fue cifra la más pura en el cielo de su Patria. Leamos uno de sus sonetos que su autor incluyó en su libro “La Rosa y el Rocío”:

DE LA EXCELENCIA DE LA ROSA

*Rosa que en la aventura de la danza
Dice su amor al viento que la mueve;
Rosa para el amor que no se atreve
A poner una rosa en la balanza.*

*Rosa del ruiseñor de la esperanza
Sobre la sinfonía de la nieve;
Rosa de la mañana donde llueve
El oro provenzal de su alabanza.*

*Cárcel de amor, anonadada estrella,
Círculo y flor y noche y mediodía,
Rumbo en el viento y en la sombra huella.*

*Rosa para la boca alucinada
Que desnuda en la luz de su agonía
La cifra de la tarde suspirada.*

Esa devoción por las flores, por los ruiseñores, por la vieja luna de los romances, esa insigne flor de pureza y rigor de la sensibilidad, es lo que hace que con Ignacio B. Anzoátegui haya desaparecido un gran poeta que hizo sus propios caminos por la lírica posterior al romanticismo y cerca de las playas del gongorismo que destila su pureza aunque la alumbre el fuego del barroco.

AZOTE DE SAPO—Por E. Caballero Calderón—Ediciones Rodas S. A. Madrid, España. 204 páginas de texto.

Eduardo Caballero Calderón es uno de los pocos escritores colombianos dedicados “a su oficio” como decía Pavese. Metódico y orgulloso. No permite que gentes garruleras o simplemente simpáticas pisen los dominios de su escarpada fortaleza. Defiende su mundo intelectual y trabaja, con materiales nobles, una obra literaria de grandes dimensiones. También comenta, en prosa de buen coturno castellano, los diarios sucesos de la vida colombiana y generalmente su visión es desencantada de hombres, hechos y cosas.

Ha escrito libros admirables, con hondura, temperatura y riqueza en el manejo de situaciones, de personajes, de los dramas íntimos y callados de gentes humildes, especialmente de los campesinos colombianos, que carecen de alfabeto, pan abundante, higiene, salubridad. Pero también se ha adentrado por temas de la España peregrina, la nación que subyuga a todo hombre de pensamiento y sensibilidad. Obras como “El Arte de Vivir sin Soñar”, “Tipacoque”, “Cartas de la Guajira”, “La Vida Privada de los Colombianos”, “Ancha es Castilla”, “Breviario del Quijote”, “Caín”, “El Buen Salvaje” para citar algunas de las más importantes testifican la calidad de su pensamiento que se desenvuelve como un gobelino de ricas figuras.

Esta novela suya “Azote de Sapo” es de veras apasionante y nos recuerda algunas de las más famosas novelas de Morris West. Como “El Navegante”, “La Nave” y “Kundú”, esta última tan próxima a la temática de Caballero Calderón.

El tema de “Azote de Sapo” es simple. Se trata de un confrontamiento entre una civilización “podrida y decadente” y el derecho a la libertad, a amar a los seres, a sentir el latido de la vida entre las tribus de la selva colombiana, lejos de los rasca-cielos paralíticos, las luces de neón y el cemento. Una civilización agotada, sibarita, egoísta, sin posibilidad de evasiones hacia la auténtica libertad del cuerpo y del espíritu.

El científico doctor Frobenius, espera encontrar entre los indios motilones, un mundo diferente al sofisticado que le rodea por todas partes. Y lo encuentra. Y aprende un nuevo idioma en-

tre los indios, que comienzan a ser machacados por el hombre blanco. Oigamos lo que los editores comentan acerca de esta experiencia alucinante: "La nueva vida en la selva (refiriéndose al científico doctor Frobenius), va mostrándole cómo sus contemporáneos civilizados han perdido la capacidad de amar, de disfrutar y de utilizar todo lo bello del mundo sin destruirlo. Preparado por los hechiceros motilones para que se una, en especiales circunstancias, a una virgen indígena, el doctor Frobenius no solo cambiará radicalmente de vida, sino que los hechos a que da lugar este cambio adquirirán trascendencia mundial". Se ha iniciado la revolución de los jóvenes contra la generación que detenta el poder. La lucha es despiadada y termina dramáticamente.

En verdad es una novela apasionante. Eso de retardar en el vientre de la madre india el nacimiento de su hijo es algo que rebasa todos los límites imaginables. Y el autor acumula conceptos de muchos científicos sobre ese caso que contradice todas las leyes biológicas, para darnos en verdad una novela que se sale de los cauces comunes. La magia, el chamanismo, la superstición, la leyenda, el mito, se enfrentan al racionalismo, a los esquemas intelectuales y al ordenamiento de la vida según cánones que hemos visto apedazados en esta era contemporánea. Caballero Calderón en su condición egregia de gran humanista, vuelve por la vigencia de aquellos valores sin los cuales la vida no tiene razón de ser, y el ser humano resulta un pobre animal, triturado por la era del industrialismo con sus máquinas que borran el soplo del espíritu.

* * *

RUPTURA HISTORICA—Por Octavio Gallón Restrepo—Ediciones Tercer Mundo. Bogotá.

Con prólogo de Roberto García Peña, el autor de este libro, pulcramente editado por la Editorial Tercer Mundo, analiza recientes acontecimientos políticos colombianos. El autor analiza una serie de fenómenos nacionales, tejidos en torno de la derrota del ilustre escritor colombiano Belisario Betancur para la Presidencia de la República, en las elecciones del 4 de junio de 1978. Considera Gallón Restrepo que se ha producido un fenómeno nuevo en la vida política colombiana. Que consiste en la irrupción

en la vida nacional de un fuerte grupo humano resuelto a que se modifique la estructura partidista, o mejor el bipartidismo —conservador y liberal—, que se han partido el sol de las jornadas electorales desde poco tiempo después de que la Nueva Granada tomara su propio perfil, disuelto el hermoso sueño bolivariano de La Gran Colombia.

Por encima de las ideologías políticas, y superándolas, está el bien común, la comunidad, lejos de luchas y pugnas estériles. Un sano nacionalismo que reúna a toda la familia colombiana, para enderezar un rumbo, buscar fines nobles, superar el particularismo estrecho y sectario. El autor estima que el colombiano mejor dotado para lograr estas metas del bien común que son superiores a todos los fulanismos y particularismos, es el doctor Belisario Betancur quien, en libros, cátedra universitaria, programas, viene buscando esas metas. De toda forma el libro de Octavio Gallón Restrepo es de gran importancia y escrito en buen estilo que se deja leer por toda clase de público interesado en cuestiones nacionales.